

CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas exerciendo la medicina con tanta felicidad como talento. Aventura de la sortija perdida y despues recobrada.

No bien habia yo entrado en casa quando tambien volvió á ella el Doctor Sangredo. Díle cuenta de las visitas que habia hecho, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dixo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la quarta parte de lo que me toca á mí. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la quarta parte de lo que recibia, y cediéndome el Doctor la otra quarta parte de lo que yo le entregaba, venia á ser, si no me engaña mi aritmética, tocarme la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente, luego que comí volví á echarme acuestas el hábito de substituto, y proseguí mi campaña. Visité muchos en-

enfermos de los que yo mismo habia registrado, y á todos receté los mismos medicamentos, aunque adolecian de muy diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas caminaban viento en popa, y ninguno, gracias al Cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un Médico, por excelente que sea. Entré en casa de un Droguista que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto Mediquillo de color amulatado, que se llamaba el Doctor Cuchilla, traído allí por un pariente del Mercader. Hice profundas reverencias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad, y despues de haberme mirado atentamente: Señor Doctor, me dixo, yo conozco á todos los Médicos de Valladolid, hermanos y compañeros míos, pero confieso que la cara de Vmd. me es absolutamente desconocida, por lo que es preciso que Vmd. haya venido á establecerse en esta Ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, Señor, le respondí, soy un joven Platicante, que trabajo á la sombra y bajo los auspicios del Doctor Sangredo, tan conocido en este Pueblo y en toda la comarca. Doy á Vmd. el parabien, me replicó muy cortesantemente, de que haya abrazado el método de un hombre tan grande. No dudo que será

Vmd. habilísimo aunque tan mozo todavía. Dixo esto en tono tan natural, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que le habia de replicar, quando el Especiero tomó la palabra, y nos dixo: Señores, tengo por cierto que Vmds. saben perfectamente la medicina, y así les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo yo hacer para lograr el consuelo de ver á mi hijo sano.

Oyendo esto el Doctorcillo enano comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo tratarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oír esto el Médico pulga me preguntó con cierto ayrecillo maligno y sarcaron: ¿y cree Vmd. que con esos excelentes remedios se salvará la vida del enfermo? Y como que lo creo, respondí con resolucion y firmeza: sin duda se conseguirá ese efecto, pues son los dos específicos mas universales y mas seguros contra todo género de enfermedades; y sino que lo diga el Doctor Sangredo. Segun eso, replicó el Doctor Cuchilla, se engañó mucho Celso, y escribió un disparate muy gordo quando firmó de su mano que para facilitar la curacion de un hidrópico será muy conveniente dexarle padecer mucha hambre y mucha sed.

Oh!

Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por mi oráculo. Engañóse, como se engañaron otros, y algunas veces tengo gran gusto en ir abiertamente contra sus opiniones. Conozco en el discurso de Vmd., repuso Cuchilla, la práctica segura y llena de satisfaccion que el Doctor Sangredo pretende inspirar á todos los jóvenes profesores. La sangria y la bebida es su medicina universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres de bien perezcan entre sus manos. . . Dexémonos de invectivas, le interrumpí yo algo secamente. Cae mal en un hombre de la profesion de Vmd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dexarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura, y quizá Vmd. habrá despachado á ella mas que otros. Si Vmd. tiene algo contra el Señor Sangredo, escriba contra él, que el Señor Sangredo responderá, y entónces veremos por qual de los dos están los silvos. Por Santiago, prorumpió lleno ya de cólera el Doctorcillo Mostaza, que Vmd. no conoce al Doctor Cuchilla. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y pico, y que de ningun modo me pone miedo Sangredo, el qual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del Mediquillo pimienta me hizo despreciar su cólera. Respondíle con desprecio: correspondíome con el mismo; y dentro de poco venimos á las manos. Dímonos algunos cachetes, y nos arran-

ca-

camos uno á otro un puñado de cabellos antes que el Especiero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido pagáronme mi visita , y detuvieron á mi antagonista , que verisimilmente les pareció mas hábil y mas inteligente que yo.

Pasada esta aventura faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto sochantre , hombre corpulento , y de un grueso vozarron , que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente quando se mostró tan contrario á este remedio , que comenzó á jurar. Dixome un millon de injurias , y aun me amenazó que me echaria por una ventana. Salí de aquella casa mas apriesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel día , y me fuí derecho á la taberna de lo caro , donde la víspera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber , bebimos largamente , y despues nos retiramos cada uno á su respectiva casa , entrambos en buen estado , quiero decir entre dos vinos. No conoció el Doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia ; porque le conté con tanta viveza lo que me habia sucedido con el otro Doctorcillo , que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas á la mocion y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso , como él era interesado en el hecho , se alteró un poco con el Doctor Cuchilla;

lla; y así me dixo : hiciste muy bien , Gil Blas , en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto , ó por mejor decir , embrión de nuestra facultad. Pues qué ; pretende el grandísimo ignorante que no se deben permitir á los hidrónicos las bebidas aquosas? ¡Pobre mentecato! Pues yo sustentaré delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías , y que es un específico igualmente adaptado para estas , como para los reumatismos y la opilacion. Es tambien muy oportuna para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo , y por otra le hielan , y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios , serosos , flegmáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece extraña á los Mediquillos desbarbados , principiantes , incapaces de pensar y de hablar como filósofos ; pero es muy probable en buena medicina ; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda , en vez de desacreditarme se harian todos discípulos mios , ó á lo menos mis mas zelosos partidarios.

Tanta era su cólera , que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido ; pues por irritarle mas adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso , aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar , no dexó de advertir que aque-

aquella noche habia bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia alterado un poco. Qualquiera otro que no fuese el Doctor Sangredo, habria maliciado un poco de la grande sed que me aquejaba y de los sendos vasos de agua que bebía; pero él creyó buenamente que yo iba entrando en devocion con las bebidas aquosas; y así me dixo sonriéndose: amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebés como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento.* Lo que es ahora, crea su merced que daría yo una cuba entera de vino por un solo azumbre de agua. Quedó tan encantado el Doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil, y aun mil millones de veces (exclamó) eran mas estimables, y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos los termópolis de los siglos pasados, donde no se iba á prostituir vergonzosamente la hacienda y la vida anegándose en el vino, sino que concurrían á divertirse honestamente, y á beber agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia

bia providencia de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente recurrir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las bodegas de los Boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber sino por receta de Médico. ¡Oh qué rasgo de prudencia! Sin duda (añadió) que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun el día de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas á que se preservarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir se queda solo en caliente.

Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurría en el asunto con tanta eloqüencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas. Mostré ser del mismo sentir que el Doctor Sangredo; abominé el uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenían la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavía me sentía con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, Señor (dixé á mi amo) hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellos antiguos termó-

mópolis, de cuya falta tanto se lamenta Vmd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometile que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del Especiero no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrias y agua caliente. Al salir de la casa de un Poeta, que padecia una especie de frenesí, me encontré con una vieja, la qual se llegó á mí y me preguntó si era Médico. Respondíla que sí, y ella me suplicó con mucha humildad que me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispueta una nieta suya, que se sentia mal desde el dia anterior, ignorando qual fuese su enfermedad. Seguila, y guiándome á su casa me hizo entrar en un quarto adornado con muebles muy decentes, donde ví á una muger en la cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me dió golpe su traza, y despues de haberla mirado con alguna mayor atencion por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que toca á ella me pareció que no me habia conocido, ya fuese por el abatimiento de su mal, ó ya por el trage de Médico en que me veía. Pedíla el brazo para to-

tomarla el pulso, y ví que tenia en un dedo una sortija. Sentí una terrible comocion quando reconocí una alhaja á la qual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo que acudiese á su defensa el dichoso Don Rafael ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexô para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme que era mejor disimular por entónces, hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su pretendida ó su verdadera nieta. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia. Antes bien, haciendo del hombre sabio, dixé con mucha gravedad que todo dependia de falta de transpiracion, y por consiguiente era menester sangrarla quanto antes, y humedecerla bien, haciéndola beber agua caliente en cantidad, para curarla segun las reglas.

Abrevié la visita quanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió: no pienses en tal disparate: ese seria el medio mas seguro para que nunca vie-

ses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones. Acuérdate de lo que te sucedió en Astorga. Tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria si quieres volver á juntarte con tu desgraciado diamante. Déxamelo pensar á mí mientras voy á dar un recado de mi amo al Proveedor del Hospital; tú espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.

Habia mas de tres horas que le estaba esperando quando al cabo pareció. Al principio no le conocí. Habia mudado de traje: traía el pelo tendido, que le cubria parte de la cara, y unos mostachos postizos, que le tapaban lo demas de ella: del cinto le colgaba una espada larga, cuya empuñadura tenia, por lo menos, tres pies de circunferencia; y venia al frente de cinco hombres, todos con las cabezas erguidas, y con semblantes determinados, ni mas ni menos como él, y todos con sus bigotes retorcidos, apuntalados con sendas perillazas. Servitor, Señor Gil Blas, me dixo acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene Vmd. un Alguacil de nuevo cuño, y en esta brava gente que me acompaña unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de Vmd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante, y yo le empeño mi palabra que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí

es-

este discurso, conociendo por él el extratage-
ma que habia discurrido por favorecerme, apro-
bando mucho el arbitrio que habia imaginado.
Saludé tambien á los fingidos ministriles, los
quales eran tres criados y dos aprendices de
Barberos, todos amigos suyos, á quienes habia
persuadido que hiciesen aquel papel. Mandé que
trajesen vino para que refrescase la ronda, y
á la entrada de la noche nos enderezamos to-
dos á la casa de Camila. Llamamos á la puer-
ta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla
la vieja, y creyendo que eran ministros de jus-
ticia los que venian conmigo, y que no iban á
su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre
de terror. No se turbe, Madre, la dixo Fabri-
cio con cierta maligna dulzura, que no veni-
mos por mal, sino por un negocio de poca con-
sideracion que presto se evacuará. Diciendo es-
to nos fuimos introduciendo hasta el quarto de
la enferma, guiándonos la vieja, que iba de-
lante alumbrando con una vela en un candelero
de plata. Tomé yo el candelero, y acercán-
dome á la cama, aplicando la luz á mi cara
para que me viese mejor: infame (la dixe) ¿co-
noces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien
tan villanamente engañaste? En fin ya te he
encontrado, malvada. El Corregidor dió oídos
á mi querella, y orden á estos Señores para ar-
restarte y encerrarte en un calabozo. Ea, pues,
Señor Alguacil, dixe á Fabricio, cumpla lo que
le han mandado, y haga lo que le toca. No
ne-

necesito , respondió con voz ronca y desabrida , que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja , pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese , reyna mia , y vístase prontamente , que yo tendré el honor de ir la sirviendo de escudero , si lo lleva á bien , hasta la cárcel pública de esta Ciudad.

Al oír esto Camila , aunque parecia tan prostrada , advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama , se sentó en ella , y con las manos juntas , en tono de suplicante , mirándome con ojos en que se veía pintada la desolacion y el terror ; Señor Gil Blas , me dixo , tenga Vmd. misericordia de mí : esto le pido por aquella su casta Madre que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa todavía fuí mas desgraciada que delinqüente. Voy á restituirle su diamante , y por amor de Dios no me quiera perder. Diciendo esto sacó del dedo la sortija y me la puso en la mano. Pero yo la respondí que no me contentaba con solo el diamante , sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que me habia robado en la Posada. Señor , replicó ella , los mil ducados no me los pida Vmd. á mí ; pídaselos al traydor Don Rafael , á quien no he visto desde entonces acá , que aquella misma noche se los llevó. : Ah bribona ! interrumpió Fabricio , ¿pues qué?

qué? ¿no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello , para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del Don Rafael para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida. Sin duda que tendrás archivadas en tu conciencia bellas cosas. Ven , ven á la cárcel , donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja , que juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos que el Señor Corregidor no sentirá saber.

Al oír esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos , llantos y lamentos. Mientras la vieja puesta de hinojos ya delante del Alguacil , ya delante de los ministriles , procuraba excitar su compasion , Camila del modo mas tierno y patético del mundo me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la Justicia. Fingí que me ablandaba , y dixé al hijo de Nuñez : Señor Alguacil , puesto que ya he recobrado mi diamante se me da poco por lo demas. No deseo que se hagan mas vexaciones , ni sea mas afligida esta pobre muger , porque no quiero la muerte del pecador. ; Bueno por Dios ! (me respondió) Vmd. es muy floxo de muelles , y no valia un cuerno para Alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion , y el Señor Corregidor expresamente me mandó que prendiese á estas Damas , porque quiere su Señoría hacer con ellas

un

un exemplar que sirva de escarmiento. De gracia, le repliqué, sírvase Vmd. hacer por mí alguna cosa, y afloxar un tantico el rigor de la orden, en favor del regalo que estas Damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. Oh, Señor Doctor, repuso Fabricio, eso es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veamos lo que me quieren regalar. Daréle á Vmd., dixo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taymadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tío el Gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Responda que son finas, dixo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una caxita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del Señor Alguacil. Y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dexó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas (dixo despues de haberlas atentamente considerado) me parecen de buena ley: si se añade á ellas el candelero que el Señor Gil Blas tiene en la mano ni yo mismo me atreveré á salir por fiador de mi obediencia al Señor Corregidor. No creo, dixé entónces á Camila, que por tal friolera querrá Vmd. romper una composicion que la tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, en-

entregué aquella á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con esto, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar facilmente, dixo á las dos mugeres: á Dios, reynas mias, y estad sin cuidado, que voy á hablar al Señor Corregidor, y á dexaros con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino quando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; abandona Gil Blas la medicina, y sale de Valladolid.

Executado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio salimos de la casa de Camila alabandonos de un suceso que habia sido muy superior á nuestras mismas esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido creíamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dixo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña nos vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche.